

## VII

¡Cuánto adoré y sufrí! ¡Pero, adelante!  
¿Qué importa lo sufrido y lo gozado,  
si después que los días han pasado  
lo mismo son un siglo que un instante?

¡La leyenda irrisoria  
de mis tristes errores  
pasó ya, como pasa la memoria  
de los grandes placeres y dolores!  
¡Reyes y emperadores,  
siglos de horror y de pasada gloria,  
todo caerá en la sima de la historia  
como el hoy y el ayer de mis amores!

## CARTA SEXTA

## DE FLORENTINA AL AUTOR

Florentina da noticia al Autor de la muerte de Carmela, explicándole las circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

## I

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!  
Galante en proceder  
y en las palabras tierno,  
cualquiera dirá que eres  
un ave que hace nidos en invierno.  
¿No ves, querido monstruo sin entrañas,  
que al ponderar tu amor como un falsario  
á esta pobre aldeana á quien engañas,  
te dirán que nos habla un millonario  
del placer de vivir en las cabañas?  
Es de tu ciencia el singular secreto  
que la vida es un viáje sin objeto,  
y yo, llamando monstruo al que me olvida,  
no encuentro más que monstruos en la vida;  
y así uno engañador, y otra engañada,  
somos dos seres de experiencia llenos,  
que si tú sabes que la ciencia es nada,  
yo sé que la pasión es mucho menos.

## II

Empezaba á decir... ¿qué te decía?  
¡Ah! sí; que el alma mía  
no es fácil que deteste  
á un hombre que algún día  
estudió en mi garganta anatomía,  
y en mis ojos mecánica celeste;  
pues recuerdo, embriagada de contento,  
que apelando á la noble poesía,  
hija y madre á la vez del sentimiento,  
tu lira bondadosa  
me llamó un día hermosa,  
é hizo un canto impregnado de tristeza  
á la última rosa  
que llevé de novicia en la cabeza.

## III

Voy, pues, ya que lo ordenas,  
de una vida que amé más que la mía  
á pintarte las últimas escenas,  
mitigando el dolor con mi alegría,  
pues sé, Ramón María,  
que te fastidian como á mí las penas.  
Y ocultando, si puedo, mis dolores,  
al rendir el tributo  
de mis tiernos loores  
á una mujer que tuvo en sus amores  
la estúpida virtud de lo absoluto,  
te diré que ha acabado su existencia,  
sintiendo la influencia  
de ese inmortal deseo no apagado  
de que vuela empapado  
el soplo de la brisa de Valencia,  
fascinadora brisa  
que hizo que ambos tuviesen la gran suerte  
de imitar en la vida y en la muerte  
el amor de Abelardo y de Eloísa.

## IV

Sabrás que de la vida de Carmela  
hizo al fin el milagro una novela,  
pues la hermana Consuelo y otra hermana,  
ignoro si por sueño ó desvarío,  
refieren que á la luz de la mañana  
encontraron su féretro vacío;  
y la hermana Consuelo,  
que cree que todo el mundo ha de ir al cielo,  
y que al velar, durmiéndose, á la muerta,  
pudo soñar despierta,

## VII

como el hecho del mundo más sencillo  
cuenta de fe exaltada  
con su voz natural desafinada,  
que á un fantástico brillo  
vió vestida y calzada  
á María Carmela del Castillo  
subir á lo inmortal transfigurada.  
Y como no hay manera  
de evitar que en milagros y en agüeros  
una madre embustera  
pueda engendrar mil hijos embusteros,  
la historia de esta monja milagrera  
será la que tendrán por verdadera  
los bobos de los siglos venideros.

## V

Y como en cosa de ilusión tan rara  
siempre ha habido encontrados pareceres,  
me dicen que Sor Clara,  
una monja que mira cara á cara  
lo mismo que en el siglo las mujeres,  
y Sor Juana, que inspira  
al Capellán, que fué de regimiento,  
y que, hipócrita, aspira  
á ser la superiora del convento,  
andan diciendo ahora  
que entre un criado mío y el portero  
la sacaron, poco antes de la aurora,  
en el carro del pan del panadero.  
¡Inútil presunción! pues siempre ha sido  
el imán de nuestra alma lo imposible,  
y como esto es tan real y tan creíble  
por lo mismo será menos creído.

## VI

Por lo dicho verás que me consagro  
á dar fuerza á la idea del milagro,  
y es porque así preveo  
que el pueblo con su inmenso clamoreo  
de mi amiga Carmela hará una santa,  
idea que me encanta,  
pues además de merecerlo, creo  
que la virtud que hay en la tierra espanta.  
Fué admirada de tantos,  
que es natural que aquellos que la lloran  
ya muerta multipliquen sus encantos,  
porque siempre los seres que se adoran  
á la fuerza han de ser héroes ó santos.  
Y por eso declaro  
que mi empeño lo fundo  
en que este caso de histerismo raro  
se quede en el secreto más profundo.  
¡Oh fuerza del misterio! En este mundo  
nadie se hace matar por nada claro.

Mas, juzgando el milagro una impostura,  
un recto magistrado  
que todo el mundo sabe  
que es tonto, y para un tonto es todo grave,  
con mucha gravedad ha encomendado  
á otro insigne letrado  
que busque con premura  
el rincón de la tierra  
en que estén de ella y de él la sepultura  
(secreto impenetrable que se encierra  
en mi pecho con triple cerradura),  
y que, poniendo mano  
en esa indiscernible  
frontera de lo real y lo invisible,  
certifique por medio de escribano  
lo que haya en el milagro de creíble;  
y como es su torpeza  
igual á la destreza  
de otras muchas y grandes dignidades,  
que aunque no hacen ni dicen necedades  
son necios de los pies á la cabeza,  
el famoso letrado  
con el mayor cuidado  
desplegará cuanta malicia quepa  
en un magín de textos incrustado,  
probando que el cadáver fué robado  
por quien ya se sabrá cuando se sepa.

## VIII

Y yo que con rodeos,  
entre las malas condiciones mías  
acostumbro á ocultar mis baterías  
marchando en línea recta á mis deseos,  
para hacerle creer cualquiera cosa  
ya cuento con su esposa,  
mujer por los milagros entusiasta,  
y buena de tal modo,  
que si fuese tan limpia como casta  
sería una virtud pura del todo;  
pues ella es de esos seres elegidos,  
santos hasta el exceso,  
que nunca á sus maridos  
les dan en tiempo de cuaresma un beso,  
y que, con alma de rezar sedienta,  
amontonando preces sobre preces,  
suele leer, de fe calenturienta,  
los libros de moral hasta las heces,  
y en este año leyó, según me cuenta,  
el dichoso *Telémaco* diez veces,  
que, después de otras treinta, hacen cuarenta,

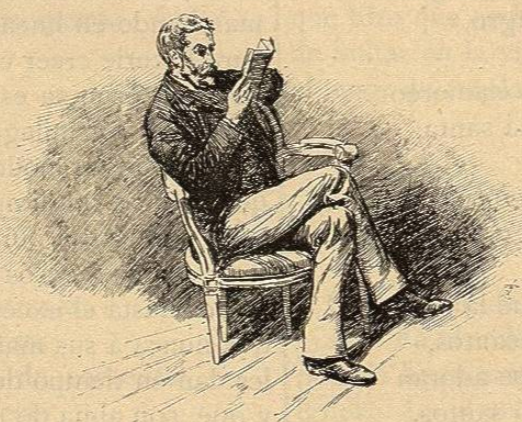
y ella al fin, anulando con su celo de su esposo los planes, inútil hará de él todo el desvelo, y, por grandes que sean sus afanes, como suelen decir los alemanes, no llegarán los árboles al cielo.

## IX

Y como siempre Maquiavelo ha sido para mí una inocente criatura, pues han hecho entre el médico y el cura de mi mente un estanque corrompido, suceda, en conclusión, lo que suceda, más que la curia he de poder yo sola, porque, en último caso, á mí me queda lo que llama Argensola la grave autoridad de la moneda; y, al peso del dinero, en el sumario del milagro se hará pleito ordinario, y el tiempo, ese tirano sin segundo, encauzará en lo real lo imaginario, pues el vulgar deber es el sudario que envolverá el cadáver de este mundo.

## X

¡Carmela del Castillo, alma bendita, confía en mis cuidados, sé que el sepulcro es un lugar de cita de todos los amantes desgraciados,



y ya ves que no olvido que hablándome de Pablo, me decías: ¿No habrá algún ser querido que mezcle sus cenizas con las mías? ¡Los dos en un sarcófago ignorado reposaréis en paz, almas inquietas, y uno del otro al lado os verá el sol del día en que cansado deje Dios de su mano á los planetas!

## XI

¡Cuánto envidio á estas almas tan honradas, que, no estando tocadas de la común miseria, viviendo en lo fantástico, elevadas cual Platón, llaman *lo otro* á la materia! ¡Bendigo el santo fuego que redime á esos seres benditos que están por su pasión por lo sublime ebrios siempre de sueños infinitos! ¡Candorosos ensueños de mi cuna, renóvad mis primeras emociones! ¿Qué realidad hace feliz? Ninguna. Pues si sólo hay verdad en las ficciones, si sólo, en lo ideal, da dicha alguna la fe que hace latir los corazones... ¡quitame, oh Dios, el oro y la fortuna, pero vuélveme á dar las ilusiones!

## COLON

## PRÓLOGO

PREGUNTA.—¿Es Campoamor un filósofo profundo, ó es más bien un poeta delicioso?

RESPUESTA.—Y ¿por qué no ha de ser las dos cosas? Si no temiera dar á este prólogo la intolerable entonación que los prólogos tenían en edades no remotas, había de entrar ahora en la famosa tesis de lo especulativo y de lo práctico, con cuya ocasión trazaría el mapa del mundo espiritual donde constaran los confines de la imaginación, los linderos del raciocinio, las vertientes de la fantasía, y los mares, en fin, del pensamiento.

Probablemente nada entenderían los lectores de mi gongorismo filosófico; y como los lectores de este prólogo no son de aquellos que declaran sabio lo que no entienden, por el hecho de no entenderlo, tengo por más llano hablar como Dios quiere y manda, llamando las cosas por su nombre y huyendo de imitar á los sabios *doublé*, que, en fuerza de términos, hacen pasar por oro de ley el *doublé* de su sabiduría.

Campoamor ha escrito esta frase: «En literatura no hay nada digno más que lo sincero.» Hablemos, pues, y escribamos siempre con sinceridad, si no ha de convertirse la vida en un Carnaval continuo.

Yo bien sé que aquí vendría de molde una disertación sobre la naturaleza del talento, y de cómo éste es capaz de manifestarse en diferentes esferas, y de cómo se puede á la vez rendir culto al austero numen de la Filosofía y á las Musas juguetonas; me valdría primero de argumentos de razón, probando que es una la verdad, una la bondad y una la belleza, y que todas tres perfecciones, irradiando de un mismo centro, de Dios, perfección infinita, se comunican al hombre por maravillosos medios, y desarrollan en su espíritu facultades y afectos en que descansan las ciencias y las artes; acudiría á las pruebas históricas, y desde Salomón, autor de la gran filosofía de los Proverbios, y autor del dulcísimo Cantar de los cantares, pasando por multitud de filósofos griegos y romanos, que á la vez fueron poetas, me detendría ante Fr. Luis de León y el de Granada, en quienes compitieron la ciencia y la poesía; y dirigiendo luego á mis lectores un apóstrofe propio de cualquier alumno de retórica, fingiría que me cargaba de razón, exclamando: Ahí tenéis al sesudo autor de la *Política de Dios* y de *La cuna y la sepultura*: ese mismo es el chispeante autor de la *Historia de las calaveras* y de *El alguacil alguacilado*; y si mis lectores no quedaban aterrados con la cita, les fulminaría este otro rayo de erudición en forma de interrogante: ¿Veis si eran filósofos Balmes y Donoso Cortés? Pues también hicieron versos.

Es una desventura que cada autor no pueda oír las respuestas que da el público á las preguntas que en sus libros se permite hacerle: á todo el párrafo precedente, con sus pruebas de razón y sus pruebas históricas y sus nombres propios, que á tener algún texto latino haría llorar á las piedras, estoy seguro de que contestan mis lectores: — Bien, ¿y qué?

Nada, lectores míos: yo no pienso hacer esas demostra-

ciones ni ir por cotufas al golfo: para saber que hay filósofos poetas y poetas filósofos, nos basta por hoy conocer á Campoamor.

Si me preguntáis cuál condición resalta más en este escritor, si la de filósofo ó la de poeta, os responderé que lo ignoro; y prefiero daros esta respuesta franca y categórica á enredaros, para ocultar mi ignorancia, en un laberinto de palabras sobre las fuentes del conocimiento y el principio generador: sólo puedo deciros que Campoamor no es de aquellos autores que, estando dotados, por su dicha, de talento vario, cuando escriben en un tono prescinden de todos los demás, y parece que sólo para aquel hayan nacido. En esto hay positivamente algo de violencia, porque equivale á cerrar todas las ventanas del espíritu, excepto aquella por donde se asoma el individuo. Campoamor, dotado como ellos de un talento vario y recto, no es de esos autores: escribe y habla en plena luz, con todas las ventanas del espíritu abiertas de par en par; jamás se disfraza para asomarse por ellas á la vista pública; dice que los hechos deben irradiar todo lo expansivo, todo lo personal, todo lo espiritual del autor; afirma que un libro, que se tarda meses en escribirlo, es menester que revele lealmente todas las oscilaciones de nuestra alma, la gravedad y la ligereza, la sencillez y la ironía, la flojedad y la inspiración; y negando, por último, que el estilo sea el hombre, como ha dicho un autor, concluye con esta humorística sentencia: «El estilo es un comediante.»

Definidas así las condiciones científico literarias de Campoamor, no causará extrañeza la proposición en que, á mi juicio, se sintetiza su genio: Campoamor trata en poeta los asuntos filosóficos, y trata en filósofo los asuntos poéticos. Esto exige un talento especial, y es, en verdad, especial el talento de Campoamor.

Dos libros principales sirven de prueba á la proposición asentada: *El personalismo*, y el tomo de las *Doloras*: en *El personalismo* habla el filósofo, que es además poeta; en las *Doloras* canta el poeta, que es además filósofo. En uno y en otro están perfectamente determinadas las dos entidades del autor; pero hay un tercer libro en que esas dos entidades aparecen tan perfectamente confundidas, que no es posible decidir si en él se muestra Campoamor más filósofo que poeta, ó si, por el contrario, se muestra más poeta que filósofo.

Por eso, á la pregunta con que comienza este prólogo, he respondido con otra pregunta, inocente recurso de los que no saben ó no quieren responder.

—¿Que cuál es ese tercer libro? — Lo tienes sobre tu mano derecha, lector: es un poema titulado COLÓN.

Su historia creo yo que puede contarse en estas cuatro palabras: nació y murió en Valencia en 1854. Su cuna fué magnífica: la casa del gobierno, que el autor ocupaba como jefe de aquella provincia: vióse envuelto desde luego en delicados pañales, pues la edición hecha por Ferrer y Orga es lujosa y esmerada; tuvo excelentes padrinos, pues á su elogio se consagraron escritores de justo crédito; desapa-